



CAMPO Y CAMPESINOS EN LA ESPAÑA MODERNA

CULTURAS POLÍTICAS EN EL MUNDO HISPANO



MARÍA JOSÉ PÉREZ ÁLVAREZ
ALFREDO MARTÍN GARCÍA

(EDS.)

[ENTRAR]

CRÉDITOS

CAMPO y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispánico (Multimedia)/María José Pérez Álvarez, Laureano M. Rubio Pérez (eds.); Francisco Fernández Izquierdo (col.). – León: Fundación Española de Historia Moderna, 2012

1 volumen (438 págs.), 1 disco (CD-Rom): il.; 24 x17 cm.

Editores lit. del T. II: María José Pérez Álvarez, Alfredo Martín García

Índice

Contiene: T. I: Libro – T. II: CD-Rom

ISBN 978-84-938044-1-1 (obra completa)

ISBN T. I: 978-84-938044-2-8 (del libro)

ISBN: 978-84-938044-3-5 (CD-Rom)

DEP. LEG.: LE-725-2012

1. Campesinado-España-Historia-Edad Moderna 2. Culturas políticas-España-Historia I. Pérez Álvarez, María José, ed. lit. II. Rubio Pérez, Laureano M., ed. lit. III. Martín García, Alfredo, ed. lit. IV. Fernández Izquierdo, Francisco, col. V. Fundación Española de Historia Moderna. VI.

323.325(460)“04/17”

316.74:32(460)

Edición:

Fundación Española de Historia Moderna
C/Albasanz, 26-28 Desp. 2E 26, 28037 Madrid (España)

© Cada autor de la suya

© Fundación Española de Historia Moderna

© Foto portada: *Mataotero del Sil*

Editores de este volumen:

María José Pérez Álvarez

Alfredo Martín García

Coordinación de la obra:

María José Pérez Álvarez

Laureano M. Rubio Pérez

Alfredo Martín García

Colaborador:

Francisco Fernández Izquierdo

Imprime:

Imprenta KADMOS

Compañía, 5

37002 Salamanca

[VOLVER]

Los escenarios de la muerte. Cultura material, religiosidad y ritual en las postrimerías durante la Edad Moderna¹

Juan Postigo Vidal
Universidad de Zaragoza
juanpostigovidal@hotmail.com

Resumen

La muerte fue a lo largo de la Edad Moderna un hecho estrictamente cotidiano que, debido a su carácter incierto, era susceptible de provocar miedo en las sociedades. Las representaciones del más allá o los rituales que rodeaban al acto de la muerte y que tan frecuentemente quedaban reflejados en los tratados de “bien morir”, eran intentos por insertar el inexorable espectro de la muerte dentro de los límites de la religión católica. Por ello, las gentes de toda condición, tan identificadas con este hecho ya desde la niñez, vivieron rodeadas de una serie de objetos y ceremonias cotidianas que estaban encaminadas a hacer más entendible la muerte y a incluirla dentro de la realidad del catolicismo. La presente comunicación tratará de acercarse a la cultura material que rodeó a la muerte durante la Edad Moderna, prestando especial atención a los espacios en los cuales se producía, y a los estudiados rituales a los que se recurría desde el momento en el que aparecía la grave enfermedad.

Palabras clave

Muerte; cultura material; religiosidad; ritual; Edad Moderna.

The scenario of death. Material culture, religiosity and ritual in the death throes during the early Modern Age

Abstract

Death was a strictly everyday fact that, because of its uncertain nature, was likely to provoke fear in societies throughout the Early Modern Age. Depictions of the afterlife or rituals that surrounded the act of death and which were so often reflected in treatise of “dying well”, were attempts to insert the inexorable spectrum of death within the confines of the Catholic religion. Therefore, people of all conditions, so identified with this fact since childhood, lived surrounded by a series of objects and daily ceremonies that were designed to make death more understandable and to include it within the reality of Catholicism. This communication will try to approach the material culture that surrounded the death during the Early Modern Age, paying special attention to the spaces in which it was produced, and studied rituals that resorted from the moment in which appeared the serious illness.

Keywords

Death, material culture, religion, ritual, Early Modern Age.

“Toda esta vida no es sino una carrera, y no muy larga, para la muerte”
Erasmus de Rotterdam

¹ Este trabajo se ha realizado dentro de los proyectos de investigación financiados por el MICINN, HAR 2008-06048-C03-01, y HAR 2011-28732-C03-03, de los que es investigador principal Eliseo Serrano. El autor asimismo forma parte del grupo de investigación BLANCAS, financiado por el Gobierno de Aragón.

Algunos de los libros citados en las siguientes páginas fueron consultados en la British Library de Londres durante una estancia de investigación desarrollada entre octubre de 2011 y enero de 2012 y que contó con la ayuda del Programa Europa de Estancias de Investigación de la CAI.

Esta rotunda frase acuñada por Erasmo en su *Preparación y aparejo para bien morir*² resumía magistralmente la que sin duda era la principal filosofía de vida de los occidentales tardomedievales y modernos. Entendida como un “tránsito”, la existencia terrenal era en realidad un periodo de prueba en el cual cada ser quedaba permanentemente expuesto a la toma de decisiones que finalmente le llevarían por un camino u otro tras la defunción. Presente en la tierra y entre los hombres, el demonio acechaba y tentaba favoreciendo la inclinación al pecado, propiciando pensamientos y actos impuros muy contrarios a los preceptos religiosos y que germinaban con asombrosa facilidad en las frágiles almas humanas. Sirviendo por ello, por una parte como consuelo, pero por otra también como ejemplo a seguir, las sociedades católicas contaron con una infinidad de relatos que les hablaban de vidas santas y devotas que habían superado heroicamente todos los embaucamientos del demonio y que habían asumido el martirio con la plena convicción que sólo la fe en Jesucristo podía ser capaz de proporcionar³. La completa mediatización de este mensaje no quedaría en cambio culminada hasta después del Concilio de Trento, cuando al refuerzo en el culto a la Virgen y a los santos se le sumó el refinamiento en las técnicas de difusión de la información que básicamente se materializaron en la impresión de textos e imágenes adoctrinadoras.

La consecución de tal proyecto inductivo, por otra parte, se consumó plenamente en el momento en el que las capas populares comenzaron a exteriorizar de manera autónoma esta devoción reglada a través de la expresión de actitudes determinadas y de la muestra de objetos simbólicos muy concretos⁴. Los interiores domésticos fueron llenándose en este proceso –a partir sobre todo de la segunda mitad del siglo XVI– de multitud de imágenes religiosas acordes con las doctrinas contrarreformistas y que no pretendían otra cosa que manifestar visualmente aquellas virtudes que resultaban en definitiva indispensables para poder superar exitosamente el momento del Juicio. En este sentido, la piedad evocada a través de las pinturas de la Virgen con el Niño a menudo contrastaba con otras imágenes ciertamente escatológicas que llenaban las paredes de las casas y que mostraban a Cristo sufriendo en la columna, portando la cruz, crucificado en muchas ocasiones, y en otras ya muerto y acompañado de la Virgen, de María Magdalena y de San Juan. Los santos, por su parte, también participaban activamente en estas exposiciones cotidianas, conformando además expresiones devocionales más personales ligadas a cierta identificación del individuo con los valores o atributos del canonizado en cuestión. Y además de la pintura, de la escultura, de la estampa, o de la pequeña hechura realizada con materiales preciosos y utilizada a modo de joya, otro elemento de carácter esencial destinado a la comunicación de estos mensajes relacionados con la asunción de la muerte y sus consecuencias era el libro. Efectivamente, difícilmente se podría hallar una sola biblioteca en esta época –independientemente de la identidad o profesión del propietario– que no contase con determinadas hagiografías o libros de devoción que eran auténticos *best sellers* del momento; y de cuando en cuando, también aparecían –si bien es cierto que en casas de religiosos por lo

² ERASMO, *Preparación y aparejo para bien morir*. Madrid: Fundación Universitaria Española, Universidad Pontificia de Salamanca, 2000.

³ Sobre el extenso universo de la muerte durante la Edad Media y la Edad Moderna, todavía sigue siendo una importante obra de referencia, ARIÈS, P. *El hombre ante la muerte*. Madrid: Taurus, 1983.

⁴ Sobre la relevancia del sermón, del texto impreso o de la imagen como elementos adoctrinadores en las capas populares, es interesante ÁLVAREZ SANTALÓ, C. ; BUXÓ I REY, M. y S. RODRÍGUEZ BECERRA (1989) (Coords.), *La religiosidad popular. II Vida y muerte: la imaginación religiosa*. Barcelona: Anthropos.

general— volúmenes o manuales de bien morir, que tendrían como función el guiar al párroco en la asistencia de enfermos y moribundos para poder aplicar los sacramentos finales que en última instancia salvaran el alma del agonizante.

Sin embargo, cuando estas obras no se constituían como herramientas prácticas destinadas al estamento eclesiástico, sino que más bien eran escritos de corte moral dirigidos al común de la población, se insistía más en las desgracias de la vida terrenal, en su vanidad, en su vacuidad, y en lo efímero de sus —pocos— atractivos en definitiva. Eran textos que realmente pretendían incitar al desprecio de todo lo temporal insistiendo en la inexorabilidad de la muerte, y por ello no escatimaban a la hora de ofrecer crudas representaciones de la existencia humana. Un buen ejemplo de este tipo de obras es el escrito por Francisco de Amaya con el título de *Desengaños de los bienes humanos*, en el cual se critican rabiosamente cualidades como la hermosura, la nobleza, la riqueza, la fama, la intelectualidad, el honor, o incluso “las felicidades en común”. Su visión de la vida en su conjunto, lejos de prometer ni el más mínimo aliciente, consiste en la sucesión constante de calamidad tras calamidad:

“Antes de salir somos pesada carga a nuestras madres; en el nacer las atormentamos, y como víboras las despedazamos, y aun es maravilla que no salgamos también deshechos. La primera voz es llorar, y con razón, pues entramos en el valle de lágrimas, de suerte que nos viene bien aquello del Santo Job: *El hombre nacido de mujer, vive breve tiempo, y se llena de miserias*. Si es verdad esto, no nos lo enseñan las palabras, sino los castigos; dezir *hombre nacido de mujer*, no puede ser cosa más baxa, y porque no tome acaso algún gusto de esas cosas sensibles, al entrar en el mundo, le advierten con aquella terribleza de que vive breve tiempo, y porque aquel poquillo de espacio que ay entre el entrar y el salir, no piense que se lo dexan desembaraçado, añade que se llena de muchas miserias; y no sólo muchas, sino muchísimas miserias en el cuerpo, miserias en el corazón, miserias cuando duerme, miserias quando está despierto, y miserias donde quiera que se vuelve.”⁵

Esta clase de textos pueden evocarnos multitud de imágenes pertenecientes al género pictórico de la *vanitas*, las cuales, siguiendo la resonada sentencia de Eclesiastés —“vanidad de vanidades, todo es vanidad”—, buscaban la crítica a la vida en el mundo por lo pasajero de todos sus placeres. Elementos simbólicos como la calavera, el reloj de arena, el humo, el instrumento musical, o una amplia gama de objetos que representaban determinadas actividades humanas relacionadas con el saber, la ciencia, el poder, o las riquezas, eran usados en estos tenebrosos bodegones con el doble fin de ensalzar la muerte sobre la vida, y de hacer ver al espectador que el objetivo por el que había que preocuparse y por el que había que combatir con entereza y ahínco era el de la salvación eterna. Quizás resulten especialmente representativas en este sentido las alegorías pintadas por Juan de Valdés Leal en 1672 para el Hospital de la Caridad de Sevilla y que bien podrían ir acompañadas de la máxima pronunciada por Erasmo y que decía aquello de “a muchos da pena la muerte porque solamente tienen ojo a los bienes que dexan acá”⁶. La muerte con su guadaña pisando todos los placeres y glorias terrenales, o los cuerpos en descomposición de un obispo y de un caballero, eran las tétricas imágenes que, muy acordes con la cultura barroca del momento, habían sido seleccionadas para transmitir una idea específica. Y lo mismo que estas representaciones —compuestas, no lo olvidemos, para un hospital—,

⁵ AMAYA, F. de (1681) *Desengaños de los bienes humanos*. Madrid: impresa en la oficina de Melchor Álvarez, p. 47.

⁶ ERASMO, *Preparación y aparejo... Op. Cit.*, p. 234.

multitud de sermones y textos de la época buscaban dar con los términos y descripciones más detalladas para poder proyectar en el imaginario de los fieles imágenes de la muerte que llevaran al rechazo de la mundanidad⁷. Estos textos, además, se encontraban muchas veces insertos en los manuales de bien morir, y eran leídos en presencia del moribundo con la finalidad de que desechase su pasado en la tierra y de que se volcase enteramente en la confesión y en los últimos sacramentos que le condujesen a la “gloria”. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el carmelita zaragozano Fray José Antonio de San Alberto, siendo arzobispo de La Plata publicó un volumen titulado *Voces del pastor en el retiro*, que enfatizaba insistentemente en estos aspectos y que no escatimaba a la hora de describir el desagrado que produce la visión de un cuerpo muerto:

“Al horror y miseria de cadáver sucede inmediatamente la miseria y horror de esqueleto. En breve tiempo los fétidos y hambrientos gusanos comen y devoran las pocas carnes con que el cuerpo entró en el sepulcro ¿Y qué es lo que queda allí? ¡Ah! Una armazón de huesos secos escarnificados y desunidos, que ya no volverán a unirse, a carnificarse, a rehacerse, ni a vivificarse hasta aquel último día, en que la trompeta o voz omnipotente de Dios, diga: *Levantaos muertos, y venid a juicio*; esto es el esqueleto. Una máquina horrible y desfigurada. Una muerte en representación o en perspectiva. Un resto ignominioso, y figura afrentosa de lo que ya no será hasta volver a reunirse con el alma, esto es esqueleto. Una calavera toda cavidad, calvicie y deformidad. Un pecho todo ternillas, desencage y separación. Un vientre todo negrura, vacío y fealdad. Unas manos todas descarnamiento, extremidad y desolación. Unas piernas todo canillas, debilidad y aridez ¡Qué objeto de horror y de admiración! Pues esto es esqueleto.”⁸

En cualquier caso, la congoja que estas descripciones podrían producir en el alma humana, tan rodeada como entonces estaba del omnipresente espectro de la muerte, no podían compararse ni remotamente con la única certeza que proporcionaba el mero hecho de la incertidumbre. Efectivamente, el temor más básico de las personas partía del desconocimiento del momento y de las circunstancias de su propia muerte, del no saber si podrían dejar antes de expirar bien atados todos los cabos sueltos para poder optar al lado favorable de la balanza tras el fallecimiento. Es por ello que, como escribió Erasmo, “[Hay algunos], y no malos, que piden a Dios determinada manera de muerte, rogándole que los dexé estar ciertos días en la cama, para hazer penitencia, y para confesarse”⁹. Incluso había quien rezaba para conseguir que Jesús o la Virgen se les apareciese para revelarles la hora de su muerte, y así poder ir dejando bien cumplimentados todos aquellos pasos que la Iglesia establecía como indispensables. En este sentido, el matemático y teólogo darocense Pedro Sánchez Ciruelo declaró en su *Reprovação de las supersticiones y hechizerías* que “el buen christiano no cure de pedir en sus oraciones

⁷ En este sentido, José Luis Bouza afirmó que “el Barroco familiarizó al cristiano con la muerte, e hizo del común destino de todos los hombres motivo de meditación como ejercicio preparatorio para la misma. Este sombrío interés por la muerte y lo macabro, se proponía impresionar los ánimos de los fieles a través de una retórica vehemente e invitarles al arrepentimiento, encauzando así sus conductas mediante la imperiosa exhortación a una más estricta sujeción a la normativa moral”, en BOUZA ÁLVAREZ, J. L. *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990, p. 377.

⁸ SAN ALBERTO, J. A. de. (1789). *Voces del pastor en el retiro. Dispertador y ejercicios espirituales para vivir y morir bien*. Buenos Aires: Real Imprenta de los Niños Expósitos, pp. 268-269.

⁹ ERASMO, *Preparación y aparejo... Op. Cit.*, p. 255.

que le aparezca Jhesuchristo a la hora de su muerte” y que “también es peccado demandar a Jhesuchristo y a su sancta madre que le revele el día y la hora de su muerte”¹⁰.

El proceso por el cual las sociedades occidentales –como el resto de culturas de la historia– fueron “construyendo” su propia visión del más allá implicó que también fuesen responsables del miedo infundido ante la incertidumbre. Y si bien es cierto que el hecho de contar con descripciones tanto textuales como gráficas más o menos explícitas –nada alentadoras, eso sí, en un muchas ocasiones– evitaba un estado permanente de angustia colectiva¹¹, no se lograba en cambio disipar el temor causado por la incertidumbre del *memento mori*. Las sociedades modernas, plenamente identificadas con el hecho de la muerte por su naturaleza estrictamente cotidiana, habían aprendido a convivir con aquella realidad permaneciendo en un estado de aceptación tensa. La muerte de cualquier vecino implicaba la presencia y participación devota de multitud de personas allegadas, que ya durante los momentos de la enfermedad y la agonía actuaban como espectadores de un instante crucial que a todos llegaba de igual manera. Y el hecho clave en este sentido, tan enraizado culturalmente que nadie hubiera podido discutir entonces su veracidad, consistía en el protagonismo del párroco como intercesor en el momento de trance. Sin la realización de la confesión y de los últimos sacramentos, administrados por la institución eclesiástica, era difícil la obtención de la salvación, y de ahí la tensión evocada ante la incertidumbre del momento de la muerte. No hizo falta esperar mucho, desde luego, para que las autoridades hicieran un uso persuasivo del miedo para canalizarlo y obtener así un orden social más o menos estable. “Morirás infaliblemente –escribía Fray José Antonio de San Alberto– porque así lo tiene decretado Dios. Pero dónde morirás, pero cómo morirás, pero cuándo morirás, todo es incierto, y toda esa incertidumbre contribuye a hacer más temible la muerte”¹².

Sin embargo, una vez llegado el momento de la grave enfermedad, y partiendo de que los recursos de la medicina de la época poco podían hacer ante determinadas situaciones, el hecho de la muerte se transformaba en una realidad inminente muchas veces difícil de asumir. Es así como puede entenderse que la aparición del párroco en la casa del enfermo fuese vista ocasionalmente como una amenaza, al ser este identificado con la comunión y la extremaunción que administraría al familiar postrado en la cama, prolegómenos en definitiva de la defunción. Teniendo en cuenta estos hechos que ciertamente podían producirse debido precisamente a ese miedo ante la muerte, el padre Baltasar Bosch de Centellas y Cardona aclaraba en sus *Prácti-*

¹⁰ SÁNCHEZ CIRUELO, P.(1539) *Reprovação de las supersticiones y hechizerías*. Salamanca: a costa de Guillermo de Milis, mercader de libros.

¹¹ Tal y como ya indicó Jean Delumeau, en Occidente fue también relevante la diferenciación entre la angustia y el temor, entendiéndolo a la primera como un estado en el que participa la imaginación y que, en caso de ser demasiado prolongada, puede ser causante de “un estado de desorientación y de inadaptación, una ceguera afectiva, una proliferación peligrosa de lo imaginario”. En DELUMEAU, J. (1989) *El miedo en Occidente (Siglos XIV-XVIII)*. Madrid: Taurus, p. 33.

¹² J. A. DE SAN ALBERTO, *Voces del pastor en el retiro... Op. Cit.*, p. 69. El mismo autor insistió en esta obra de lo necesario del miedo, en su carácter hasta cierto punto terapéutico y adoctrinador: “[...] son pocos los que se salvan en comparación de los muchos que se condenan. ¡Verdad espantosa, amados hijos; pero que al fin es verdad, y una de las verdades más claras entre todas las del Christianismo! ¡Verdad espantosa y que hace temblar! Pero el apóstol quiere que obremos nuestra salvación temiendo y temblando. ¡Verdad espantosa y que inquieta y turba los corazones! Pero también conviene inquietarlos y turbarlos alguna vez; y es mejor que dispierten con esta saludable turbación, que no que duerman en un sueño engañoso de falsa seguridad”. *Ibidem*, p. 40.

cas de visitar a los enfermos y ayudar a bien morir las formas por las cuales el religioso debía afrontar las resistencias que pudiesen presentarse:

“Acerca de entrar el sacerdote en la casa del enfermo, es necesario advertir cierto discreto modo, pero no es fácil dar regla general, porque a veces los de la familia, de quien se halla en el último ahogo, se hallan tan ahogados de pena, y aterrados de verle padecer, que todo lo yerran, y porque el enfermo no se asuste [...] o porque el demonio anda listo, que es lo más cierto, suelen detener en las antecámaras o piezas en que no está el enfermo a los ministros de Dios que acuden a asistirle [...] Pero aunque no es fácil [...] para introducirse con maña en la pieza del enfermo, y hablarle, sin disgusto suyo; de algunas, según las ocasiones, se han valido nuestros religiosos con singular prudencia, y una, que en muchos ha aprovechado, ha sido el dar a entender al enfermo, que es un gran médico (no es mucho siéndolo del alma) y con la ocasión de tratar de algún corporal medicamento, pasar a consultar los del alma, y obligarle a recibir los Santos Sacramentos.”¹³

No obstante, y a pesar del rechazo que los familiares del enfermo podían mostrar llegado el instante en el que el párroco se dispusiese a administrar los últimos sacramentos, la mayoría de las personas eran en el momento de su postración plenamente conscientes de que ya llegaba su hora, con lo que rápidamente comenzaban a redactar sus últimas voluntades en el testamento¹⁴. Haciéndolo así, por otra parte, se contravenían las recomendaciones de aquellos religiosos que se dedicaron a la escritura de tratados de bien morir, pues unánimemente aseguraban estos que lo deseable en cualquier caso era realizar el testamento durante la salud y aun guardarlo como objeto que simbolizaba la irremediable llegada de la muerte. Esa fue de hecho la idea transmitida por el cisterciense Juan Bona en su obra *De la preparación de la muerte* cuando especificaba que había que realizar dos ejemplares del testamento durante una época de salud, para dejar una de las copias en el oratorio de la casa, y otra llevarla siempre encima (reservando, por cierto, un momento al día para leerlo)¹⁵. Se pretendía así que el testamento, además de funcionar como documento probatorio de las últimas voluntades y cesiones de bienes del otorgante, se constituyese como un elemento con una potente carga simbólica.

En cualquier caso, el testamento era un documento que casi siempre se efectuaba estando enfermo y en la cama. Era, por así decirlo, el preludio de la muerte, el primero de los pasos que toda persona debía dar cuando la defunción era un hecho inminente. Es por ello que en todos los tratados de bien morir se aclaraba que, si bien lo deseable era adelantarse y no esperar a la enfermedad para dedicarse a menesteres de carácter estrictamente terrenal, de no ser así, el testamento debería dejarse debidamente cumplimentado al menos antes de que el párroco procediese a administrar los últimos sacramentos al moribundo. De hecho, el religioso que acabase

¹³ BOSCH DE CENTELLAS, B. y CARDONA, (1759) *Prácticas de visitar a los enfermos y ayudar a bien morir*. Madrid: en la oficina de Joaquín Ibarra. Continuando con sus estrategias para lograr adentrarse en la habitación del enfermo, Baltasar Bosch aún citaba una más: “[...] más fácil camino, y del caso hallo, en que el sacerdote, que a los enfermos acude, lleve consigo algunas Santas Reliquias, y con la ocasión de que el paciente las adore, puede después entrarle con suavidad en la materia que al bien de su alma conduce, como es la recepción de los Santos Sacramentos, para ponerse en gracia de Dios”.

¹⁴ Manuel José de Lara Ródenas, en su estudio de la muerte a través de los testamentos de Huelva durante la época del Barroco, precisó que la mayoría de los testadores del momento morían antes de que pasase el tercer día tras su redacción. En LARA RÓDENAS, M. J. de (2001) *Contrarreforma y bien morir. El discurso y la representación de la muerte en la Huelva del Barroco*. Huelva: Diputación de Huelva Servicio de Publicaciones.

¹⁵ BONA, J. (1754.) *De la preparación para la muerte*. Ed. de Gerona, citado en LARA RÓDENAS, M. J. de *Contrarreforma y bien morir... Op. Cit.*, p. 33.

entrando en la habitación donde descansaba el enfermo debería empezar informándose de si el testamento había sido ya redactado, o de si la comunión se había efectuado convenientemente. El Doctor Juan Basilio comenzó precisamente por abordar estas cuestiones en sus *Treynta y tres consideraciones para ayudar a bien morir a los enfermos*, alegando que el clérigo debía informarse debidamente sobre el moribundo antes de dirigirse a su casa, sabiendo “qué persona es, en qué estado ha vivido, si tiene hijos, y cuántos, y cuántas hijas, y si están casados o acomodados o remediados, y qué hacienda tiene, qué deudos tiene, si son pobres o ricos. Si es hombre de letras o de ingenio y avisado”¹⁶. Y una vez hecho esto, se debía proceder a la realización de un estudiado ritual que hacía uso de determinados objetos destinados a otorgar la inocencia y el valor necesarios para poder afrontar con éxito los peligros que en esos momentos críticos se estaban produciendo¹⁷.

“Si començare a agonizar le pondrán delante las imágenes que pudieren, y le darán a besar la Cruz, y le echarán agua bendita, y le pondrán al cuello o cabo o en el seno las bulas que ha tomado, y todos los rosarios y cuentas de perdones que tiene, y las insignias o hábitos de las Cofradías en que entró, y pedirá la absolución, e indulgencia que se le da por virtud de ellas. E yo he dado en una en una devoción no si parecerá a algunos bien, que al punto que le ponen la candela en la mano le pongan en la cabeça el capillo con que se christianó u otro que esté en la iglesia. Porque parece que con aquel hábito están en la inocencia que quedó al punto que lo bautizaron. Y es una espuela para el agonizante, para que viéndose con aquel capillo que es la vestidura de la inocencia y de las bodas celestiales que vuelva y revuelva en sí, si le queda algún peccado o cargo que no haya satisfecho, o dexado recaudo para que se satisfaga, para que vaya ante Dios en el estado de la inocencia.”¹⁸

Enseñar al enfermo estampas de la Virgen o de determinados santos, atar en sus muñecas medallas con indulgencias, o enroscar en sus brazos rosarios, eran otros actos simbólicos que usualmente se citaban como muy recomendables en estos manuales. Y es que el contacto con el objeto sagrado era un elemento clave en este sentido, pues conferidos de un poder mediador entre el mundo terrenal –material– y celestial –simbólico–, estos útiles que el moribundo debía besar, contemplar, o incluso llevar puestos, podían ayudar decisivamente a que su alma se decantase hacia el lado más favorable. De la misma forma, no sólo el cuerpo yacente, sino también su entorno más inmediato, debía ser cuidadosamente preparado para que el crucial paso que allí se iba a dar se llevase a cabo de una forma beneficiosa. Baltasar Bosch de Centellas destacaba en este sentido que no era nada aconsejable que en la habitación del enfermo o en las adyacentes se cantasen canciones profanas, se bailase, o se tolerasen risas de mujeres,

¹⁶ BASILIO, J. (1594) *Treynta y tres consideraciones para ayudar a bien morir a los enfermos, antes y al tiempo que están en la agonía y tránsito de la muerte*. Logroño: por Mathías Mares. En su tercera consideración, además, Basilio señala que de cara a tratar personalmente con el enfermo, el religioso debe saber “qué enfermedad tiene, en qué estado está, y qué dicen los médicos, si descansa con hablar, o aborrece la conversación, si habla expeditamente, o tiene el juyzio claro, porque según el estado en que está se le tiene de hablar”.

¹⁷ Sobre los rituales y las manifestaciones religiosas en torno a la muerte en la Edad Moderna, es interesante SERRANO MARTÍN, E. (1994) (Ed.). *Muerte, religiosidad y cultura popular. Siglos XIII-XVIII*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico”.

¹⁸ También el padre Baltasar Bosch de Centellas insistió en la importancia del uso de estos objetos como mecanismo purificador, recomendando que el religioso llegara a la casa con algunas reliquias para colocarlas sobre la cabeza o el corazón del enfermo, o con un crucifijo para sostenerlo ante el lecho, y que “enseñándola al enfermo, será su espiritual alivio, y motivo para el arrepentimiento de sus pecados”. En BOSCH DE CENTELLAS, B. *Prácticas de visitar a los enfermos... Op. Cit.*

“porque puede el enfermo (divertido con la que es tan distante del tremendo camino en que se halla, para entrar en las no conocidas eternas regiones del otro siglo) desviarse míseramente de su rectitud”¹⁹. Eran buenas en cambio las canciones espirituales, las lecturas piadosas, o incluso el incitar al enfermo a que suplicase a Dios, a que practicase determinados rezos, o a que invocase incesantemente el nombre de Jesús, de María, o de ciertos santos²⁰; todas ellas actividades que, realizadas repetidamente, debían motivar al enfermo a mostrarse más piadoso y a abrazar sinceramente la fe en esos momentos finales.

Podemos suponer entonces que el espacio elegido para acoger la última enfermedad del individuo era un espacio totalmente sacralizado. La certeza de que en torno al lecho del moribundo se estaba disputando una lucha encarnizada entre las fuerzas del bien y del mal cuyo final se acercaba rápidamente, obligaba a quienes allí estaban presentes a acondicionar convenientemente el lugar, e incluso el propio cuerpo del agonizante. Con esa intención precisamente los religiosos aplicaban la extremaunción a los enfermos, pues entendían que llegada la muerte, el alma del difunto debía entrar en combate con el demonio. Ungido con el “santo óleo” –tal y como se hacía con los luchadores para que no pudiesen ser agarrados por sus contrincantes²¹–, el cuerpo del enfermo quedaba así preparado para el enfrentamiento que tendría que lidiar inminentemente.

“Considérese el hombre, como llegando ya al último riesgo su última enfermedad, le administran el Santo Sacramento de la Extremaunción. Esto es ya perder la confianza en los remedios de la medicina, y recurrir al último que la Iglesia tiene para sus hijos agonizantes y moribundos. Esto es ya unirlo, y prepararlo para que salga al campo a luchar con el enemigo, que en aquel trance muestra principalmente que lo es, recobrando sus fuerzas y sus astucias. Esto es ya unirlo en los cinco sentidos de su cuerpo, para que el Señor le perdone quanto pecó por la vista, por el oído, por el olfato, por el gusto, y por el tacto. ¡Ah! Qué recuerdos tan tristes serán entonces los del hombre liviano o disoluto, que abusó siempre de los sentidos, ofendiendo al mismo que se los dio, para que lo sirviera con ellos!”²²

Partiendo de esa misma idea preconcebida que Fray José Antonio de San Alberto expresaba en este fragmento de sus *Voces del pastor en el retiro*, trescientos años antes salía de la imprenta zaragozana de Pablo Hurus un volumen anónimo titulado *Arte de bien morir y Breve*

¹⁹ *Ibidem*. El tema de las mujeres no se le pasa por alto a este religioso, quien las considera especialmente dañinas durante los momentos de la enfermedad y la agonía: “Advierta asimismo el zeloso asistente, que de ningún modo quede en la casa del enfermo ocasión próxima de pecar, como lo sería alguna mugercilla, con la qual el enfermo hubiese acostumbrado ofender a Dios, la qual, sin dilación se debe despedir, y no se admitan en este particular excusas algunas”.

²⁰ En este sentido, Juan Basilio afirmaba que “quando esté [el enfermo] en el último trance invoque lo más que pudiere el nombre de Iesús y de María, y de Sant Miguel, y del sancto de su nombre, y de qualquier otro sancto o sancta en quien aya tenido particular devoción, y del Ángel de la guarda, y si pudiere dirá Bendito el nombre de mi señor Iesu Christo, hijo de Davis, ten misericordia de mí, o Señor entiende mi favor, epresúrate mi Iesús para me ayudar”. En BASILIO, J. *Treynta y tres consideraciones... Op. Cit.*

²¹ Esta era de hecho la comparación que Juan Basilio hacía cuando en sus *Treynta y tres consideraciones* aludía a la realización de este ritual: “Advertid que quando os baptizaron os ungieron en la cabeça y quando os confirmaron en la frente para que quedaseis señalado por caballero de Christo, y como tal peleáseis contra el demonio en tanto que vivieseis. Agora también es cosa de gran provecho que os unten los miembros. Porque de la manera que los luchadores que quieren luchar en carnes se untan azeite para que el enemigo no le pueda hazer presa, assí agora untado con este sancto olio entréis a luchar el día de vuestra muerte con el demonio, y como os hallará unguido no podrá hazer presa de vos, y quedará vencido”. En BASILIO, J. *Treynta y tres consideraciones... Op. Cit.*

²² SAN ALBERTO, J. A. de *Voces del pastor en el retiro... Op. Cit.*, pp. 227-228.

*confesionario*²³, que precisamente se estructuraba a raíz de este concepto de “lucha”. De los once capítulos de que se compone la parte relativa al *Arte de bien morir*, tan sólo el último, que reúne algunos “consejos para el que está en el punto de la muerte”, elude el tema del enfrentamiento producido entre el bien y el mal a la llegada del fallecimiento del individuo; el resto intercalan desde el principio y uno a uno los pasos de esa lucha protagonizada por el “diablo” y el “ángel”. Así pues, si el primer capítulo lleva como título “Cómo el diablo tempta en el artículo de la muerte cerca de la fe”, el segundo tratará “De la buena inspiración del ángel cerca de la fe”, y si el tercero versa sobre las tentaciones del demonio para hacer desesperar al enfermo, el cuarto se centrará en la inspiración infundida por el ángel para que esa desesperación no llegase a desarrollarse con fuerza. Las luchas por la impaciencia, la vanagloria, y la avaricia son las reflejadas en el resto de capítulos que completan esta breve y curiosa obra, la cual pone sinceramente sobre la mesa todos aquellos comportamientos cuestionados por las reglas de la moralidad que el enfermo podía manifestar en esos momentos críticos.

Las debilidades y las fortalezas personales eran rasgos del comportamiento que en los momentos previos a la muerte afloraban de forma pública y sincera. Las pretensiones más elementales del enfermo, aquellas que querían mostrarse como definitivas y de las que se deseaba proyectar cierta trascendencia a los demás, eran muchas veces reflejadas a partir de una cuidada selección de los objetos, presentes en la habitación donde ese último enfrentamiento tenía lugar. Es por ello que el estudio de los interiores domésticos de la época, y en concreto de aquellas habitaciones donde el enfermo pasaba los momentos finales que le llevaban a la muerte, se constituye como de especial interés. En este sentido, los inventarios de bienes muebles son realmente descriptivos cuando especifican que un aposento fue aquel “en el que murió” el morador de la casa²⁴. En casos así, los objetos que habían formado parte del estudiado ritual de la muerte podían seguir colocados en los lugares originales, presentando una vívida fotografía del panorama en el cual se llevaba a cabo esta buena muerte descrita por los religiosos. Por otra parte, los repertorios de bienes estratégicamente expuestos en estas estancias respondían muchas veces a los miedos, inquietudes, anhelos o deseos del enfermo que veía llegar su última hora y que quería dejar constancia de su fe, de su voluntad, o por qué no, también de sus requerimientos más terrenales.

Entre las ocho y nueve de la noche del 17 de marzo de 1710, el notario zaragozano Juan Francisco de Pisa apareció en la casa del mercader Antonio de Luna tras haber sido notificado de que este acababa de morir²⁵. El teniente primero de corregidor de la ciudad de Zaragoza, Sebastián Gutiérrez de la Peña, informó al notario de que el mercader difunto dejaba un hijo menor de catorce años que no podía hacerse cargo de sus bienes, y que por ello era necesaria la redacción de un inventario. Allí mismo, en el interior de la casa y mientras se efectuaba la

²³ Este libro es en realidad la recopilación de dos populares tratados religiosos del siglo XV editado por Pablo Hurus entre 1479 y 1484. El único ejemplar que se conserva de esta edición reside actualmente en la Biblioteca del Escorial. En *Arte de bien morir y Breve confesionario*, según el incunable de la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Edición y estudio de Francisco Gago Jover, Barcelona, Medio Maravedí, 1999.

²⁴ El análisis que a continuación se presenta se ha realizado a partir del estudio de los inventarios de bienes de la ciudad de Zaragoza comprendidos entre inicios del siglo XVII y mediados del XVIII, y conservados en el Archivo Histórico de Protocolos Notariales (AHPZ). Únicamente han sido contemplados en dicho estudio aquellos inventarios en los cuales se diferenciaban las estancias de la casa especificando que una de las habitaciones era aquella en la que el morador o moradora murió.

²⁵ AHPZ, Juan Francisco de Pisa, 1710, ff. 60 r.- 75 v.

escritura, permanecieron presentes Don Sebastián y el primo del mercader Antonio, el Doctor Don Manuel Beltrán, que era presbítero beneficiado de la iglesia de San Felipe y que compartía la vivienda con su pariente. La casa en la que habitaban Manuel, Antonio y su hijo –también llamado Antonio– no era propiedad suya, sino que la tenían alquilada, y se componía de dos sencillas habitaciones; una de esas estancias habría sido ocupada por el religioso, mientras que la otra pertenecería al mercader y a su hijo. Atendiendo a los objetos que en esta última pieza se hallaron, podemos suponer que la muerte de Antonio se sucedió en un ambiente que basculaba entre la austeridad y la pobreza, pues la totalidad de su mobiliario se reducía a la presencia de dos arcas con vestidos, cuatro taburetes, un bufete, y la cama donde el mercader pasaría sus últimos momentos. Esta se componía de dos simples bancos unidos por cañizos sobre los cuales se colocaban cuatro finos colchones confeccionados con terliz y lienzo, dos sábanas viejas, dos almohadas, una manta naranja “servida”, y una colcha de estopa y lino “muy servida”. Los pies de la cama estaban cubiertos por un rodapié de bayeta roja, y su perímetro estaba rodeado por dos cortinas de la misma tela y color que enmarcaban totalmente el mueble y aislaban su interior del resto de la habitación. El inventario de la casa de Antonio se dio por concluído sobre las diez de la noche, para ser continuado unos días después en las casas de otras personas, donde el mercader poseía objetos propios en calidad de prendas.

La simplicidad en el mobiliario sacaba a la luz la gran relevancia que la cama tenía durante los prolegómenos de la muerte. Mueble esencial para todas las personas, el lecho no sólo era el elemento que proporcionaba el descanso diario necesario, sino que además de ello era el “lugar” en el cual se nacía, se concebía y se moría. Entendido y usado por otra parte tanto como un elemento de sociabilidad como de privacidad, la cama podía estar –como en el caso del mercader Antonio– demarcada por unas cortinas que ofrecerían, de ser requerido, el aislamiento necesario. El lecho en el que murió Catalina Cebrián, la viuda del labrador Miguel de Alegría²⁶, a inicios del siglo XVII, estaba formado únicamente por dos bancos y cinco tablas de pino –con sus correspondientes colchones, sábanas, mantas y almohadones–, rodeados asimismo por “tres cortinas viejas” que separaban de alguna manera el mueble del resto de la casa, la cual por otra parte, se componía de esa única habitación. Un caso similar podríamos encontrarlo en el aposento en el que vivió Valeria de Ubiedo, viuda del herrador Miguel López²⁷, situado en la tercera planta de un edificio de la calle Imperial, junto a la iglesia de San Juan de los Panetes. En esta pequeña habitación alquilada se encontraban forzosamente todos los útiles necesarios para la vida, con lo que a la llegada de la enfermedad, difícilmente pudo prepararse un entorno plenamente propicio como indicaban los preceptos religiosos. Sí que se mostró interés en cambio en la preparación de la cama, que según la descripción del inventario, estaba rodeada por tres cortinas “pintadas, en la una está [...] Nuestra Señora del Rosario y San Jacinto, las otras dos son coloradas y otra pequeña de San Gerónimo en 24 sueldos”.

La inclusión de referencias religiosas en las estancias preparadas para la muerte era de hecho una práctica muy frecuente en la época que cobraba mayor sentido cuando esta clase de objetos se colocaban cercanos a la cama. En el interior del Colegio de San Nicolás de los Agustinos Recoletos de Zaragoza, habiendo subido unas escaleras que llevaban al claustro alto, se hallaba a mano derecha junto al primero de los ángulos la celda en la que murió en 1746 el

²⁶ AHPZ, Mateo Villanueva, 1610.

²⁷ AHPZ, Domingo Montaner, 1606.

licenciado José Pellicer²⁸, presbítero racionero del Pilar. La mesa de pino con tapete azul y un breviario encima, la pequeña estantería con tomos de Molina y de Arbiol, el escritorio rematado con pequeñas esculturas de angelotes en el cual se guardaban diferentes papeles y una escobilla, el cofre con la ropa blanca, la pila benditera, o el armario con vestimenta, objetos de plata y ciertos útiles religiosos como láminas de papel o estampas –se apunta, por ejemplo, “un juego de estampas de la Pasión de Cristo y su Resurrección con su marquico negro que en todo son diez y seis de menos de media vara de alto y tercia de ancho”–, eran los muebles que podían hallarse en esta celda junto a la pobre cama cubierta por una manta de lana vieja de color verde, y coronada en su cabecera con “un doselito de damasco verde con una estampa de Christo crucificado”. A decir verdad, la expresión de esta religiosidad sencilla y austera fue para muchas personas a lo largo de la Edad Moderna un requisito que necesariamente había que proyectar durante los momentos de la grave enfermedad. La muestra de una devoción humilde a través de los objetos no era desde luego un tema baladí en el preludio de la muerte, pues implicaba la transmisión de un mensaje plenamente entendible y descifrado por todos que conllevaba la sumisión y devoción a Dios por parte del agonizante. La habitación donde falleció el tratante Francisco Esteban²⁹, que no contenía ningún otro mueble salvo la cama, estaba sencillamente adornada con pinturas religiosas colgadas de las paredes y que retrataban a la Virgen María con el niño Jesús, a María Magdalena, o a Santa Isabel. Por su parte, el aposento en el cual expiró el mercader Pedro Dufraise³⁰ estaba ubicado junto a un pequeño oratorio con un altar y diferentes láminas religiosas, y tenía como principales elementos decorativos “dos urnas con un San Francisco y un niño Jesús con sus tres cristales cada uno”.

Sin embargo, y contrariamente a lo que podría pensarse teniendo en cuenta la fuerte religiosidad y el miedo provocado por la incertidumbre ante la muerte tan propios de la gente de la época, muchos de estos aposentos transmitían valores y sentimientos que se alejaban descaradamente de esa devoción aparentemente necesaria durante las postrimerías. El hecho de que la habitación del sastre Juan Guallart³¹ estuviese repleta de paños de diferentes colores y calidades, o de que la del platero Miguel Cubels³² albergase, además de la cama de nogal de pilares en la que murió, infinidad de hechuras pequeñas de la Virgen del Pilar en plata, indican la enorme influencia e importancia que podía suponer el trabajo para ciertas personas, que ni siquiera en los momentos finales eran capaces de desembarazarse de esa faceta de su realidad. Mucho más terrenales eran las pretensiones del tendero Gregorio Berne³³, que murió junto a una arquimesa en la cual se guardaban un buen número de monedas de plata introducidas en bolsillos, capazos o sacos, y de las que no quería desprenderse aun cuando ya no era capaz de darles uso. Y más lejos podían llegar otros incluso cuando, situándose en el punto de mira de las críticas de los moralistas, hacían de su lecho de muerte un escenario destinado a la exhibición social y a la proyección de lujo y de riqueza. Tal fue el caso de Doña Antonia Fernández de Híjar, que mezcló en su aposento ciertos objetos religiosos (se apuntan en el inventario una

²⁸ AHPZ, José Domingo Andrés, 1746, ff. 577 v.- 580 r.

²⁹ AHPZ, Pedro Sánchez del Castellar, 1632.

³⁰ AHPZ, Juan Francisco de Pissa, 1709, ff. 164 r.- 192 v.

³¹ AHPZ, Domingo Montaner, 1615.

³² AHPZ, Juan Francisco Sánchez del Castellar, 1652, ff. 1.853 v.- 1.867 v.

³³ AHPZ, Juan de Campos, 1746, ff. 114 v.- 116 v.

escultura de la Virgen y varios relicarios con cartillas de San Benito, San Francisco, San José o San Alberto), con otros elementos totalmente profanos, como sortijas de oro con diamantes, gargantillas, cajas de plata, o relojes de cristal³⁴.

La fisonomía de la habitación donde el enfermo pasaría sus últimos momentos era entonces susceptible de ser cuidadosamente modelada en función de las actitudes y motivaciones específicas del individuo. Cada mueble, cada objeto decorativo, contribuía a culminar un lienzo en blanco cuyo fundamento radicaba en proyectar –consciente o inconscientemente– el retrato ideológico del moribundo. La expresión de religiosidad, de austeridad, de profunda inclinación hacia el trabajo, o incluso de dependencia hacia las riquezas, eran las facetas psicológicas que más se repetían en estas habitaciones durante las postrimerías, aquellas que se transmitían como definitivas a la comunidad expectante en un escenario diseñado para la comunicación del miedo, del fervor, de la humildad, de la diligencia, o de la vanidad en estado puro. Como observadores furtivos, lo que podemos apreciar al examinar estas habitaciones es la muestra de un conjunto de actitudes diversas que –a pesar de su heterogeneidad– iban encaminadas sin distinción a satisfacer una necesidad común: la transmisión de un “yo” al mundo que pudiese prevalecer de alguna forma tras la defunción y que fuese capaz de trascender a la muerte para persistir en el más allá.

[ÍNDICE]

³⁴ AHPZ, Miguel Antonio Villanueva, 1667, ff. 76 v.- 89 r. Entre los objetos preciosos hallados en el aposento también se contaron “un lagarto de oro con rubís y diamantes”, o “un delfín de cristal con una cadenilla de oro”.